

Pliego de poesía de La Colmena

GUADALUPE CÁRDENAS

QUETZALCÓATL-DIOS
QUETZALCÓATL-HOMBRE



Fragmento del libro *Quetzalcóatl—Dios, Quetzalcóatl—Hombre
y Canto a Nezahualcóyotl*.

Beca (1997) del Fondo para la Cultura y las Artes
del Estado de México.

DIBUJO DE PORTADA: *MATINEF*.

Llegada de Quetzalcóatl a tierras de México

Sobre las aguas del golfo, al Este,
arribó Quetzalcóatl a nuestras tierras.
El hombre un atlante semeja
de ignorado lugar en la tierra
o quizá de un espacio celeste.
Un portento su cuerpo se mira
en etérea barca custodiada
por la enhiesta serpiente de bello plumaje.
En su frente un halo de serenidad,
la sabiduría asoma a sus ojos.
Su crecida barba oscura
con blancas perlas adorna
que el color del rostro envidian
las pálidas sirenas.
Esencia divina su ser.

El tiempo escribirá su historia
sobre las piedras de Teotihuacán
de Culhuacán, de Tula, de Chichén Itza.
Él es agua que corre mansa,
no el torrente, no el trueno:
es la nube que anuncia a Tláloc
con su sonaja de brumas.

Atraviesa el tejido del mundo:
los jardines de la juventud,
la plácida vejez y la muerte;
suyo es el paraíso de la resurrección.
El Señor de la Casa de la Aurora
en aéreo traje vuela
de Este a Oeste cubriendo a Venus.
A Tula es llegado, en sus manos
las cuatro ramas del árbol del Universo
que señalan los rumbos de la tierra toda
más allá del mar y del desierto.

Canto a Quetzalcóatl

Ah, hermoso Quetzalcóatl,
señor de la blancura y la nobleza:
de albo traje sembrado de cruces:
simbolizan las cuatro direcciones del mundo.
Él se adorna con plumas de quetzal verdes y doradas.

Su intención estuvo puesta
en las cosas hermosas de la vida.
Nos hizo comprender
que de las posesiones del hombre
lo más precioso es el aliento
que da vida al humano, animales y plantas.

Él lo da, no lo arranca.
Él dice: quien quita la vida
no alberga grandeza ni bondad.
Fueron justas y bellas sus palabras.

Xiuhcóatl, Serpiente de Fuego
asoló mucho tiempo los campos,
padecimos hambre y sed;
por siete años sufrimos la sequía
que rompió nuestras tierras
y enflaqueció los cuerpos.
Quetzalcóatl se acercó a los chichimecas,
quería unir al hombre en armonía:
les dijo: chichimecas seamos hermanos,
no hagamos escarnio al desvalido
y usemos el vigor en el trabajo
que el poder del gobernante
sea para crear progreso entre los pueblos.

Pero el chichimeca
es bestia nómada y cruel
no se deja formar; no es tolteca
no tiene “rostro y corazón”.

Serpiente Emplumada ayunó cuarenta días
sobre la gran pirámide,
quemó incienso y copal

al dios que nos da vida y poder.
Quetzalcóatl, Genio de los Vientos
triunfó sobre Xiuhcóatl
y envió la lluvia a nuestra tierra:
la fertilidad la cubre de piel nueva;
otra vez somos centro de abundancia.

Edificó adoratorios en cada una
de las cuatro direcciones de la tierra.

Al Oriente mira la Casa Dorada,
no tiene encalado, en su lugar
planchas de oro bruñido la cubren;
por dentro la adornan conchas y caracoles.

Mosaico de turquesas y esmeraldas
de gran admiración al Oeste.

Al Sur señala un edificio
con muros de plata y conchas.

Del Norte es la Casa de Piedra colorada
con jaspe y caracoles.

Otra casa nos dio Quetzalcóatl
que se nombra Quetzalcalli:
Plumas amarillas visten

el aposento del Oriente:
el color del sol levante y el fuego
allí donde es Tlapallan “lugar de la aurora”;
la piel con que se cubre Xipe Totec
y el color de Xiuhtecutli:
el que tiene la cara amarilla.

De labor de pluma de un ave
de azul fino, pegada en mantos
a manera de tapicería,
es la casa que mira al Sur:
color de los cielos a mediodía.
Pluma blanca en penachos
hay en la Casa del Oeste:
el color del vestido de las diosas terrestres
y de la piel de Quetzalcóatl.

El aposento del Norte
es de pluma colorada
el color de Mictlantecutli.

Al centro del Quetzalcalli, circular recinto,
son las puertas de los cuartos de plumas:
ahí todos vamos a meditar
enviamos cantos y danzas al Dador de la Vida,
envueltos en copal y al percibir
la belleza, el ser encuentra la Neztiliztli

—elemental y huidiza como el viento—
que vive en nosotros y no vemos.
Sólo así somos dignos de buscar
el principio Tloque Nahuaque.
Él tal vez algún día recordará a su creatura
efímera y frágil como espuma de mar;
así regresaremos triunfantes
de la fría “Región de los Descarnados”.

También fue llegado Ce Acatl Topiltzin
sumo sacerdote del dios
de las plumas preciosas.
Él nos enseña a respetar
al dios único que nada exige
sino serpientes y mariposas,
música y cantos le placen.

Él nos enseña a hilar,
a bordar flores, a pintar en los libros,
a esculpir la piedra.
Él es nuestro Sacerdote-Rey-Dios:
el hombre es amigo y protector
el sacerdote posee la perfección.

A los cuatro puntos cardinales
los adoratorios elevan sus cantos:
Él se recoge ahí, medita, ora y ayuna,

encuentra la sabiduría y el arte
que comparte a sus vasallos:
es dios del conocimiento.
Los tlamacazque imitan su piedad,
se bañan en agua helada, oran,
anhelan alcanzar la perfección.

El puro, verdadero Quetzalcóatl
aprendió en Oriente los misterios
del Inventor de Sí Mismo.
Dejó en Yaxchilán su palabra,
reinó en Teotihuacán y Xochicalco,
ahora a Tula ha venido.
Como todos los dioses es ubicuo y eterno
es uno y muchos a la vez.
Quetzalcóatl, el Dios del Oeste y Señor de la Aurora
trajo la riqueza a Tula.
Inventó la cuenta del tiempo,
nos enseñó oficios nuevos;
nos entregó el conocimiento,
para construir nuestro nombre.

Esplendor de Tula

Quien hubo visto Tula, Tollan,
conoció el esplendor,
quien vivió en ella
estuvo protegido por los dioses.
Ejemplo de armonía fueron sus habitantes:
Toltecatl les llamaron los de fuera
porque las piedras toman vida
cuando su cincel las toca
y asumen formas divinas.

El barro canta la gloria de las cosas
del hogar y los rituales en gentil alfarería.

Artista incomparable al manejar
las plumas de ganso, de tucán,
de quetzal, de colibrí,
para remedar el sueño de reyes y dioses.

Diestros cincelan el jade
funden el oro, le dan forma,
hacen hermosas joyas y vasijas.

Las borlas de algodón sedoso
ya nacen coloreadas de rojo vivo

de amarillo o rosado, azul o verde:
preciosas mantas tejen y bordan
vestidos deslumbrantes.

Y las enormes, tibias mazorcas
se desbordan, no caben en las manos.
Cosechan el oloroso cacao
y diversos frutos de dulce frescor.
En sus calles alineadas abundan
los arbustos de bellas flores.
Sus casas son pulcras y ordenadas
y la ciudad entera riela sobre
un arco iris de belleza viva.

Habla Quetzalcóatl-Hombre

De frágil barro me hizo
el Dador de la Vida,
soy una pequeña porción
de músculos y huesos
y una inteligencia mudable;
pero algo dentro de mí,
vasto como el Universo
me orilla a trascender mi cuerpo;
busco en cielos y tierra lo imperecedero,

lo que a través de los tiempos será,
aún cuando un sol termine
y comience otro y regrese a su principio
la cuenta de los días anudados.

Tula me hizo suyo.
Aquí bebo un aire sagrado
tal en Teotihuacán,
donde vivieron los dioses:
los dioses que se dicen del agua,
del viento y del fuego;
los que aman lo oscuro y los del amanecer;
los que propician lo aciago y lo fasto...
los que hacen brotar las flores.

En las noches largas medito.
El Inefable me ha dado a conocer
que todo cabe en el ser del hombre
porque su esencia es fuego, agua y tierra
no sólo es malvado o noble:
es todas las cosas a la vez.
En su cuerpo y alma caben los montes,
los ríos, los árboles, las piedras,
el aire, el sol, el universo entero.
Así en el árbol cabe la piedra y el agua
y en las piedras mora la energía de los astros.
Por tanto he venido a conocer

que todos los dioses caben en UNO
y en Él cabe el Universo. Él es el Universo.

Todo lo que existe,
se une para crear la vida.
No pensamos la Tierra sin animales,
sin aquella majestad de árboles y plantas
sin blanco, sin el rojo y el negro.
Como el caracol, Joyel del Viento,
necesitamos aire para tener voz
calor para alimentar nuestra energía
y el agua se convierte en el cuerpo
en Chalchíhuatl, Líquido Precioso
que corre por las venas y alimenta nuestro corazón.

¿Mereceré llamarme sacerdote
de Aquel por Quien vivimos y Todas las Cosas son?
Del Dios que no tiene nombre
y se invoca con todas las palabras.

Ayuno, guardo silencio y me sangro,
elevo hacia él mis pensamientos.
Soy aquí en la tierra un grano de polvo;
pero mi alma se alimenta de saber y crece
y es parte del Universo: la luz dentro del hombre
no perece, trasciende las edades.

Cuando mi cuerpo no sea más sobre la tierra
iré al lugar del color blanco,
color con que se visten las almas que resucitan;
primer tinte del sol antes del rojo,
Jardín del Tamoanchán, en el Oeste,
donde son las “Mujeres Divinas”.
Sabré el misterio del Origen y la Resurrección.



Universidad Autónoma del Estado de México

UAEM